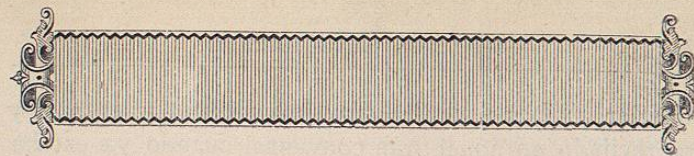
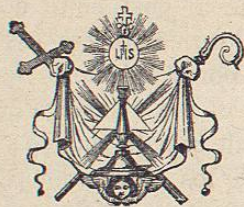


tación de las virtudes de su alma pura y de su cuerpo penitente; las notas del órgano eran ecos de los suspiros de su corazón, en fuerza del amor divino que le abrasaba. Prosternado en presencia del Sacerdote del Altísimo, sus labios que rebosaban de lo que henchía su pecho, habíanse abierto y pronunciado los santos y solemnes votos, entre tanto que las más dulces lágrimas brotaban de sus ojos y corrían como arroyuelos sobre sus tersas y blancas mejillas, cayendo hasta las losas del pavimento.

Aquel tierno y bello joven, que todo lo dejaba por abrazar la vida perfecta del Evangelio, ya más que antes, no era del mundo, ni del siglo. Era de Dios, de una manera absoluta y completa, bajo los votos religiosos de castidad, de pobreza y de obediencia.

Y como aquí en la tierra es el augusto y divino Sacramento del Altar donde se encuentra de una manera tan prodigiosa como real y efectiva entre los hombres, el Hijo de Dios en su Humanidad Santísima y en su Divinidad adorable, á ese Sacramento se consagró más particularmente nuestro joven cenovita en el solemne instante de su profesión; á ese Corazón Eucarístico entregó el suyo para siempre; y siguiendo la hermosa práctica de añadir el profeso un nuevo nombre al particular de su familia en el mundo, quiso llamarse y se llamó desde entonces en la Religión, FRAY MANUEL MARTINEZ DEL SACRAMENTO.



CAPITULO III.

LA PRESENTACIÓN DEL JOVEN RELIGIOSO EN EL CONVENTO
CAPITULAR.—SUS ESTUDIOS.—SU SAGRADA
ORDENACIÓN.

COMO era debido, uno de los primeros actos que había de hacerse, y en efecto se hizo con la persona del tierno monje, era llevarla al convento capitular para presentársela al Ministro Provincial, acto que en sí no tenía nada de notable y extraordinario, y del cual por lo mismo, no daríamos cuenta, si de otra persona que la suya nos ocupáramos, aun cuando por otros respectos fuera más ilustre y célebre. Ah! sí, porque aquella presentación entrañaba el primer paso misterioso de una carrera de sucesos en el porvenir, de la más alta trascendencia! ¿Sabéis por qué? Porque como el joven Samuel al ser presentado en el santuario del Señor, y al ser recibido por el Pontífice Helí, era destinado por Dios para profetizar, para presenciar y llorar la pérdida de aquel santuario, y la destrucción y ruina de aquel Pontífice y de sus hijos, quedándose en seguida para gobernar y mandar como

superior y Juez; así nuestro joven cenovita entraba y era recibido en aquel gran convento, cuando ya estaba predestinado á ver que en su presencia cayese física y moralmente aquel vasto edificio, y cuanto contenía y significaba, viniendo á quedar él sólo, nuestro joven Religioso, erguido sobre las ruinas y asumiendo el poder y la autoridad sobre los pocos restos de sus cohermanos que permanecieran fieles á sus votos.

Mas, reservando la exposición de este grave suceso para su debido lugar, concretémonos aquí á decir, que después de su presentación al Provincial, lleno de modestia y de santa humildad, prosiguió Fray Manuel Martínez del Sacramento con fervor creciente el cultivo de las virtudes evangélicas, como quien sabía tener la recta y sana conciencia de sus más estrechas y queridas obligaciones para con el Señor. Asimismo prosiguió los estudios que debían prepararle para el sacerdocio, á que se sentía poderosamente llamado, para servir en tan sublime estado al Divino Esposo de su alma, y á todas las que este mismo Soberano Pastor redimió con el sacrificio de su vida preciosísima.

La filosofía, la teología dogmática, la moral, la Sagrada Escritura, los santos Padres y la historia, fueron las asignaturas á que se dedicó y no del modo enciclopédico y superficial que ahora se acostumbra en la mayor parte de los establecimientos, sino de una manera sólida y profunda, por textos escogidos, conforme á la doctrina y método del Angel de las escuelas, Santo Tomás de Aquino, cultivando á la vez la oratoria, el canto y las reglas litúrgicas y rituales, todo bajo la dirección de los maestros ó Lectores de la Orden.

El curso de filosofía y el de teología, eran los principales, considerándose los demás ramos de instrucción como accesorios muy importantes de aquéllos. Cada curso duraba tres años. Al fin de un año escolar, reunidos los Lectores ó Catedráticos y los alumnos, bajo la presi-

dencia del Regente de estudios en el convento capitular, y asistiendo regularmente numeroso concurso de personas eclesiásticas y seglares, invitadas por medio de cartelones ó cuadernillos de esmerada y bella caligrafía española, á falta de imprenta, ¹ que aun no se había introducido en el país, un niño de poca edad, daba dos ó tres piquetes en el volumen respectivo de Santo Tomás, ó del Maestro de las Sentencias, á fin de ver qué puntos salían en suerte, para que sobre ellos, y por tiempo determinado, el alumno disertase, y después resolviese las objeciones que los señores réplicas le pusieran.

¡Cuántas veces hemos oído y aun leído, injustas críticas con retoques de irrisión, dirigidas contra los antiguos frailes de aquel convento monumental, (hoy convertido en castillo, cárcel y proyecto de bazar-mercado), por el caluroso entusiasmo, y diz que aun bélico furor, con que se sostenían en él aquellos actos literarios! ¡Como si no fuese una positiva gloria para nuestro país y un motivo de gratísimo recuerdo y honor, el que en aquel tiempo, que ahora se quiere calificar con la nota de retroceso y oscurantismo, hubiese quienes adiestrasen á nuestros abuelos en sus juveniles años, en aquellas justas de la inteligencia y del verdadero saber! Si las malas pasiones iban allá alguna vez por un abuso de las circunstancias, como á único palenque gloriosamente abierto, á hacer una que otra explosión inoportuna, ¡cuánto más preferible no era eso, al bárbaro y continuo desbordamiento de la civil discordia que en guerra salvaje, para mengua de nuestro pro-

¹ Conservamos entre nuestras colecciones un cuaderno manuscrito de 1810, intitulado así: "Con el auxilio del Creador de todas las cosas, Fr. Julián Argaiz, Fr. Miguel Méndez y D. Basilio Ramírez (*seglar*), exponen á público exámen las siguientes conclusiones de la Física experimental, bajo la dirección del P. Fr. José Rafael de Castilla, Lector de Física, en el Convento Capitular de Mérida. Dias 9, 10 y 11 de Julio." Las conclusiones son de la hidrostática; calórico libre; fluido eléctrico; aire, agua y tierra; sonido, luz, sabor y olor; meteorología; fábrica del cuerpo humano, y en fin, de la cosmografía.

greso y civilización, vino después á enseñorearse de nosotros, desde que en lugar de réplicas filosóficas y teológicas, se dirigieron las primeras barretas y picas contra el convento de San Francisco, brotando desde luégo, como hidra de cien cabezas, la funesta revolución que nos ha arruinado, retardando por lo menos en un siglo, el desarrollo de nuestro progreso; revolución que, si hoy parece adormecida, existe latente y cría á sus pechos la guerra de castas y la falta de unidad religiosa, que es el único elemento de verdadera paz y legítima civilización!

Tengamos en cuenta, que en San Francisco, no sólo concurrían á estudiar los jóvenes frailes, sino un considerable número de seglares, y que no solo se enseñaba teología, sino también filosofía y física.²

Así, pues, bajo buenos auspicios y felices circunstancias, nuestro joven Religioso hizo los más excelentes y sólidos estudios, brillando su esclarecido ingenio como un sol en medio de todos sus condiscípulos, y surgiendo como un personaje de grande y general estimación, tanto más cuanto que sus singulares prendas de escolar, eran

² Ocupándose el Sr. Dr. D. Justo Sierra de los adelantos científicos que, merced al clero, poco á poco, y según lo permitían las circunstancias, fué adquiriendo nuestra Península en tiempo del gobierno colonial, y contrayéndose particularmente á lo que en tal respecto habían hecho los jesuitas en su Universidad, hoy Instituto literario del Estado; el clero secular en su Seminario Tridentino, hoy palacio de justicia; y los franciscanos en sus conventos, ahora tornados los más en tristes ruinas, dice las siguientes palabras: "Los franciscanos, tanto en la capital (Mérida) como en esta ciudad, (Campeche), tuvieron igualmente establecimientos literarios que generosamente ofrecieron á los seculares. Todo manifiesta que nuestros mayores estuvieron muy lejos de merecer la calificación injusta, que algunos de la generación presente han hecho sobre su ilustración, sin tener presente, como era muy natural y equitativo, el estado de las cosas, sus circunstancias peculiares, y la falta de medios y relaciones para lograr una educación más brillante, etc." MUSEO YUCATECO, Tom. I, pág. 96.

La autoridad del Sr. Sierra es en este particular muy competente, y además nada sospechosa; porque él, aunque moderado, de todos modos perteneció á la escuela y bando de los escritores liberales.

realzadas por la de su profunda humildad y de todas las demás virtudes que embellecían su noble alma, y ponían como en relieve su simpática modestia y dulcísimo carácter.

Preparado así, y cumplidos ya los veinte y un años de su edad, el joven Religioso fué presentado para la ordenación al Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Agustín de Estévez y Ugarte, Dignísimo Obispo que entonces era de la Diócesis, quien en la tarde del viernes 22 de Setiembre de 1809, témporas de San Mateo, le confirió la Prima Clerical Tonsura, y los cuatro Ordenes Menores, y en la mañana siguiente el Mayor del sagrado Subdiaconado.

Un año después, el sábado 22 de Setiembre (1810), en las propias témporas de San Mateo, le confirió el sagrado Diaconado.

Y, en fin, dos años más tarde, en las témporas de Setiembre de 1812, siendo el ordenando de veinte y cinco años de edad, le confirió en la mañana del día 19 el sagrado Orden del Presbiterado. Así consta todo por el Libro de Ordenes de la Secretaría Episcopal, núm. 54, folio 37 vuelta.

Si *nobleza obliga*, según el proverbio común, ¡cuánto más no estrecha la santidad á una alma noble y pura, que se encuentra cirniéndose sobre prodigiosa altura, como águila caudal, elevándose con las dos poderosas alas de la profesión religiosa y de la ordenación sacerdotal!

La oración, el estudio y las tareas del ministerio eclesiástico, fueron las prácticas que con más ahinco abrazó el joven sacerdote y monje franciscano, Fray Manuel Martínez del Sacramento, brillando principalmente en tres grandes devociones, que eran como el centro de todas las demás: la más tierna del Santísimo Sacramento del Altar; la de la Santísima Virgen, identificada con la del Castísimo Patriarca y Patrón de la Provincia, Señor San José, y la del seráfico Fundador de la Orden, San Francisco de Asís.